



www.senado2010.gob.mx

www.juridicas.unam.mx

¡ M A D R E !

“Aleluya, aleluya, hoy es el día consagrado a todas las madres de la humanidad. Las corolas de los jardines debieran agotarse para enguinaldar el corazón de Su Majestad la madre. El sol debería limpiar sus manchas para esplender más en este radiante día de mayo. Todos los pájaros deberían cantar, los niños reír y los hombres llorar de alegría en el día más bueno del año, en el que el alma del mundo, engalanándose de fiesta, honra a la madre.

En el día de hoy, cada hogar es un templo en el que la diosa reverenciada es la madre, y los hijos y los padres, los fieles devotos. Todos aquellos que gozan la incomparable ventura de enjorar su vida con los besos maternos, deben pintar de blanco sus almas, exprimir al corazón el jugo de su ternura, ennoblecer su pensamiento, y, poniéndose en los pies las alas de Mercurio, volar al templo para hincar las rodillas a los pies de la santa, y adorarla como nunca, a acariciar con fruición de iluminados sus manecitas cansadas de acariciarnos y a decirla con íntimo recogimiento caricioso: ¡BENDITA SEAS!

Es preciso ir a verlas con terneza, a oírlas con delectación, a abrazarlas con mimo, a hablarlas con dulcedumbre, a loarlas con orgulloso entusiasmo. Y ha de ser hoy mismo, cuando sus labios tremantes responden a nuestros halagos, cuando sus ojos tienen luz, su seno calor, su boca aliento y sus oídos eco. Id a buscarlas de mañana para que el rayo tempranero que reciban sea el animoso de vuestros ojos. Id presto a despertarlas en su lecho augusto de matronas; en el mismo lecho quizá que fuera testigo del estado doloroso y divino que precedió nuestro nacimiento, cuando sus caderas, curvadas por el amor, nos guardaban con pudoroso y exquisito cuidado. Vayamos a verlas pronto, antes que se nos vaya el tesoro inacabable de su desinterés, de su ternura, de su piedad, de su

amor infinito, cuando todavía pueda regalarnos con su acento delicado, cuando todavía pueda decirnos las divinas palabras: Gracias, hijo mío; y cuando todavía podemos nosotros decírla con temor de que nos deje: ¡Madre, perdónome si alguna vez endoloré tus horas; Madre, ampárame de todo mal y bendíceme en nombre de Dios.

Y aquellos desventurados que hubieren sufrido la amargura trágica de la orfandad, que recen a su memoria en la religión que tengan, y si no tienen ninguna, que aprendan la breve oración filial que todos los dioses entienden: Madre mía, tú fuiste la mejor mujer del mundo; “tu corazón fue la obra maestra de la naturaleza”; en tu fuente divina bebí la vida, y como ya te fuiste, cada paso mío es un recuerdo y cada recuerdo es una angustia. Nada digno de tí tengo que ofrecerte a cambio de tu amor, como no sea este pequeño gran poema que a todas horas te canto dentro del alma: ¡MADRE!

Decía el espíritu misericordioso de Silvio Pellico: Un padre y una madre son naturalmente nuestros primeros amigos: son los mortales a quienes estamos más obligados; hacia quienes, de la manera más sagrada, debemos gratitud, respeto, amor, indulgencia... Lo cual es verdad, porque para ellos somos el agua y el pan, el aire y el sol. Cuando les faltamos su vida se agosta y amarga para siempre. Cuando partimos de viaje, ellos “mueren un poco”, y cuando tornamos sanos y alegres, retoña su vida. ¿Por qué? Porque saben que al morir todo lo suyo se va con ellos; los bienes terrenales, la fama, la hermosura, las pasiones y la gloria y sólo una cosa perdura de ellos, nosotros; sus hijos, los que llevamos su sangre y su nombre que perdurará hasta la eternidad. Pero no es egoísmo sino afecto, pues todos saben, Dios el primero, que los padres no tienen amor propio con sus hijos. Y la madre menos. Para su hijo, el corazón de la madre es siempre religioso; para nosotros quisieran destilar mieles, tener manos de felpa, aliento tenue y cerebro vidente para cuidarnos y guiarnos en la existencia.

El amor de la madre jamás se enturbia ni se impacienta; siempre está dispuesto a darnos la razón, a complacernos y perdonarnos. Su corazón es una fontana mágica donde jamás se extinguen ni la abnegación, ni la ternura ni el sacrificio. Los hijos son para las madres su orgullo y su esperanza, su ocupación y preocupación, su belleza y su verdad. Desde que nacimos transformamos

su existencia, la ennoblecemos, la embellecemos. No somos sus hijos, sino sus amos; ella no es nuestra madre, sino nuestra servidora y discípula. Desde que nacimos fuimos su Mesías, su niño rey, su niño dios. Cuando nos escucha nos mira de tal modo como si en nuestro rostro estuviera contemplando algo sobrenatural. Cuando lloramos, cada lágrima nuestra es para ella la gota terrible del tormento medioeval. Sufre cuando nos reprende, tiembla cuando estamos enfermos, llora si estamos doloridos, se torna niña si jugamos con ella y heroica si corremos peligros. Por eso decía magistralmente Gretry: "El corazón de una madre es la obra maestra de la naturaleza".

El amor de madre es el más sagrado sentimiento de la humanidad; es justo admirarlo como a las cosas bellas y venerarlo como a las cosas santas. El asesino que respeta a su madre, dice Edmundo de Amicis tiene todavía algo de honesto y de gentil en su corazón; y el más glorioso de los hombres que la entristezca o la ofenda, no es más que una vil criatura. Por eso, el gran Emperador "aquel que pequeño no cupo en el mundo", decía, enalteciéndose a sí propio: "A mi madre y a mis buenos principios debo mi fortuna y cuanto poseo".

Cuando una mujer es madre abandona su egoismo en la idolatría de su hijo; no piensa en ella misma; sus pensamientos perennes, sus preocupaciones mortales, sus fatigas incesantes, sus fuerzas físicas y el acervo espiritual de su personalidad en su total expansión, son por el hijo querido, que las absorbe y las manda con sus caprichos imperiales.

Si la madre sufre, se cansa, se enferma, por el hijo, sus dolores acrecentarán su cariño proporcionalmente a su pena, porque a mayor dolor que les causamos, mayor amor que nos consagran. Y como su pasión materna es un milagro, si somos buenos, virtuosos, fuertes y bellos, nos querrán, y si somos perversos, indolentes, raquíticos y feos, entonces nos querrán mucho más. El hijo no necesita tener la sabiduría de hacerse amar para que su madre lo ame porque las madres aman por instinto, por inercia, por necesidad, obedeciendo a leyes divinas y humanas, que son más fuertes que ellas mismas, porque llevan en su alma una palanca milagrosa que todo lo puede; y cuando llegan a la ancianidad, el amor las santifica y aman a todo el mundo, maternalmente.

No cabe dudarlo: "Muchas maravillas hay en el universo, pero

la obra maestra de la creación es el corazón materno.” Entendámoslo así y convencidos de la verdad del poeta, teniendo presente que cuando se nos vaya, un frío de soledad helará nuestro espíritu; y que cuando acabe su vida, comenzará nuestra muerte, jubilosos de tenerla y poder besar en su rostro gentil los surcos de las lágrimas que por nosotros vertieron, volemós a juntar nuestras mejillas con las suyas, volemós a besar las hebras de luz de su cabellera idolatrada y a marcar con nuestros labios, en su frente donde vive y reina nuestro nombre, la sublime palabra: ¡MADRE!

(“Excélsior”, 10 de mayo de 1943).